

POR
JORGE DE LOS SANTOS,
artista y pensador



¡LIBÉRATE Y SÉ TÚ MISMO! (¿O NO?)

SE ESCUCHABA EN LA PROMOCIÓN DE UN ESPACIO TELEVISIVO. UNA SEÑORA DE CIERTA EDAD, CON VOZ ATIPLADA, SIN ESTRIDENCIAS PERO FIRME CONVICCIÓN, PUBLICITABA EL ESPACIO CON LO SIGUIENTE: «¡NOS PODEMOS LIBERAAAR!».

El alargar la vocal final, además de enfatizar la acción de liberarse parecía indicar una continuidad en el tiempo: no es que nos podamos liberar un momento, en un acto (hago lo que me da la gana y que se mueran los feos) sino que la liberación podía ser sostenida: liberarse ya «pa» siempre. ¿De qué nos podemos («nos tenemos») que liberar? O dicho de otra manera: ¿Qué tenemos que liberar? El planteamiento que nos propone la señora es sencillo de entender y a buen seguro bienintencionado. Has vivido sometido a unas restricciones que impiden que surja y actúe tu «verdadero yo». Ese, por otra parte esquivo y confuso «verdadero yo», ha sido acallado, coaccionado, estabulado, por una serie de flujos de poder, por un modo dominante de entender el mundo y las relaciones, engendrados en la exterioridad y ajenos a la propiedad del sujeto a liberarse. Tal es así que dicho sujeto no se reconoce en él mismo, que se ve obligado a hacer, pensar y decir cosas que «en verdad» no las siente como propias y que le oprimen hasta la imposibilidad de ser él mismo. La tiranía, el patriarcado, la teocracia, en sus formas tradicionales de poder, pero también lo que Freud llamó el «malestar de la cultura», la «ideología» en términos básicos de Marx, los manejos de la «biopolítica» según Foucault o el término que quieren ustedes emplear y que se refiera a los condicionantes establecidos por inercias de poder de manera externa al sujeto. De eso habría que liberarse. Libérate de esa presión externa y serás tú. Sin duda hay que liberarse de algo, desencadenarse de culpas que no son nuestras, de condicionantes morales absurdos o de cretinos con ascendencia sobre nosotros... hay que liberarse de algo pero no de todo. Porque aquí la cosa empieza a complicarse, pues ese «tú» se alcanza precisamente porque existen y lo conforman esos condicionantes externos. Está de Dios, y eso lo sabemos desde Hegel hasta Lacan, que ontológicamente sin los otros no alcanzamos a ser nada, que antes de que te preguntes siquiera por quién eres tú, ya te han dicho quién eres ese tú y que sin

ese «te han dicho» nunca serás algo así como «tú». De modo que no es difícil imaginar que cuando se nos indica «libérate» se nos está diciendo «maniátate» a otra cosa, a aquella que yo, por tu bien, te ofrezco. ¿Qué determina entonces quién eres tú? Bien, pues mi voluntad, se dirá. Lo que quiero es lo que soy: el juicio que resulta de contraponer mis antojos e inclinaciones a un principio de realidad o a un fundamento ético. Pero si yo digo «mi voluntad es maquillarme», ¿soy yo quien se expresa o es esa fuerza manipulativa que me hace creer que lo que ella quiere es lo que yo quiero? Mis propias afirmaciones, gustos, preferencias, razonamiento se ponen en duda en la propiedad de mí mismo. Mi «verdadero yo» no se muestra diáfano ante mí. ¿Qué es eso entonces que habría que liberar para que «yo» en consecuencia me «libere»?

SI LO VOLITIVO DE TI (LO QUE DICES QUE QUIERES) PUEDE TRAICIONARTE, porque está ya parasitado por algo que te han impuesto como propio, lo que no te traicionará nunca es tu deseo. Eso al menos es lo que se pensó en las revoluciones que intentaron acabar con órdenes tradicionales de dominación: lo que determina mi propiedad son mis deseos. Allá donde un deseo se te enciende allá debes acudir para mantener la propiedad de ti mismo. Pero la cuestión se complica, más aún de lo que se complicó con la voluntad como garante de lo que soy. No sabemos lo que realmente deseamos, no sabemos porqué deseamos lo que deseamos, allá donde se engendran nuestros deseos no tenemos acceso (es oscuro e inasequible a nosotros mismos aunque se encarne en nosotros) y, en ocasiones, no coinciden en absoluto con nuestra voluntad. Hay deseos que no se acogen al «principio de placer», que nos guían pero que no nos producen satisfacción alguna, que no muestran lo que soy. Adicciones que destruyen en nosotros cualquier propiedad, avidez por repetir situaciones dolorosas contrarias a nuestra voluntad, recurrencias en desear emparejamientos irracionales que solo nos causan dolor... deseos que nos llevan a decir

“Allá
donde un deseo
se te enciende
allá debes
acudir para
mantener la
propiedad de ti
mismo”



«ese no soy yo», a querer, voluntariosamente, abandonar mis deseos, a solo desear ser otro. La maldición china del «que se cumplan todos tus deseos» no se refiere a que por tener todo lo que deseas caigas en el hastío, sino precisamente a lo siniestro, dañino y destructivo de algunos de nuestros deseos. Mi deseo tampoco me explica gran cosa de mí. Sigo siendo opaco a mí mismo por más que ahora me quieran hacer creer que no.

SI COINCIDEN DESEO Y VOLUNTAD todo va más o menos encaillado a la satisfacción (momentánea) del reconocimiento propio, pero si no coinciden el desastre y la imposibilidad de

reconocerse están asegurados. Hoy el deseo suplanta el juicio de la voluntad: tomamos nuestros caprichos y nuestras apatencias como una valoración crítica de situación. Creemos que es una decisión y no un antojo. Eso garantiza el cataclismo individual y colectivo. Un deseo demasiado cercano a la pulsión, a lo ilimitado, un torrente de deseos liberados sin el que sería imposible imaginar una concepción (un poder coercitivo) de un mundo como el nuestro. Sin el «liberalismo» (del deseo) es imposible el «neoliberalismo». Pide un deseo. Sopla las velas. Después, ponte en guardia: nos podemos liberar..., pero Dios quiera que sepamos de qué. □